

LOS CUENTOS

Justificación del tema

Sabemos que los niños y niñas disfrutan enormemente escuchando cuentos, disfrutan de cuentos contados varias veces, en los que pueden prever lo que sucederá, disfrutan compartiendo este saber popular y cultural con su entorno inmediato.

No por ello debemos pensar que “todos los cuentos valen”.

En nuestro aula narramos con frecuencia cuentos de tradición oral y escrita tales como “Caperucita Roja”, “El Patito Feo”, “Blancanieves”, “La Casita de Chocolate”... Estos cuentos están en su mayoría basados en situaciones y experiencias de los siglos XVIII y XIX, y muchos de ellos han sido utilizados para la infancia, cuando fueron concebidos para adultos.

Queremos invitarlos a:

Analizar los valores y significados que subyacen en nuestros cuentos tradicionales

Si elegimos contarlos tal cual, debemos consecuentemente analizar esto con los niños y niñas.

Nuestra opción no obstante, es sustituir con cuentos alternativos aquellos que no respetan los valores propios de la sociedad plural y flexible que queremos construir.

Objetivos

- Analizar algunos de los **valores** implícitos en los cuentos populares.
- Realizar **propuestas** concretas para el uso de “Cuentos alternativos. Cuentos para todos/todas”.
- Aportar **estrategias** válidas, que potencien el **espíritu crítico y creativo** del profesorado, anteponiendo pedagogía a tradición; de esta forma iremos deconstruyendo los cuentos que no resultan válidos para nuestro alumnado, nuestro momento socio-cultural y que resultan incompatibles con un modelo flexible, respetuoso, solidario, tolerante y justo de sociedad.
- Proponer **un cuento aplicable a cada una de las unidades didácticas** anteriores: Mi familia, Mi origen, Mis emociones.

Análisis de los cuentos como transmisores de valores

Sabías que...

En los cuentos clásicos podemos transmitir ideas tales como la discriminación en sus múltiples variantes:

Sexismo P.e. “Caperucita Roja”: Tanto Caperucita como su mamá o su abuela son incapaces de defenderse por sí mismas ni buscar soluciones a sus problemas. Son elementos pasivos de la historia, en contraposición con los elementos masculinos: lobo-fuerza/maldad, cazador-fuerza salvadora: Roles claramente marcados por sexo.

Racismo P.e. “El Patito Feo”. El patito feo es rechazado y repudiado por el hecho de ser distinto y de color negro. Sólo volverse como el grupo podrá salvarle.

Modelo único de familia y relaciones afectivas (p.e. Toda princesa, necesita un príncipe)

En los cuentos clásicos se abordan de manera desajustada y cruel situaciones tales como:

El abandono de menores P.e. La Casita de Chocolate. Hansel y Gretel son abandonados en el bosque a su suerte. Su familia recapacita cuando regresan con un buen saco de dinero.

La reagrupación familiar P.e. Cenicienta, Blancanieves. Cualquier intento de reagrupación familiar, que habitualmente consiste en que el padre viudo contrae de nuevo matrimonio con otra mujer, termina con situaciones de celos y luchas con la hija de éste –abandono, intento de asesinato, trabajos desmedidos para la niña–.

Estos son sólo algunos ejemplos. Tenemos la seguridad de que se te habrán ocurrido algunos más.

LA PATA RENATA

Autora: N. Bueno Basurto

Érase una vez un estanque tranquilo de aguas limpias en un gran parque lleno de árboles, animales y flores, en el centro de una pequeña ciudad. En una orilla del estanque, la más escondida, mamá pata, como todos los años había puesto más o menos media docena de huevos que en unas semanas –dándoles calor con sus plumas– se convertirían en seis maravillosos patitos. ¡Qué nerviosa estaba! Todas sus vecinas se interesaban por ella.

–¿Cómo van sus polluelos, señora pata? – le preguntaba la paloma.

–¿Qué tal está? ¿Incubando sus huevos? – quería saber la ardilla.

Hasta el búho le hacía alguna visita nocturna para saber cómo iba todo. Mamá pata siempre contestaba lo mismo:

–Les doy calorcito, para que salgan mis patitos.

Un día, mientras mamá pata se daba un baño en el estanque, ocurrió algo increíble: Un pájaro, al que jamás nadie había visto por esos lugares, bajó y bajó hasta que se posó unos breves momentos en el nido de mamá pata y emprendió de nuevo su vuelo.

Mamá pata salió del agua inmediatamente para comprobar si todo estaba en orden. Cuando volvió a incubar a sus polluelos, notó algo extraño.

–Yo diría que había seis huevos y ahora veo siete. ¡Qué raro! Habré contado mal. Yo diría que este huevo es más blanco y brillante que los demás. ¡Qué raro! Les daré calorcito para que salgan mis patitos.

Todos los días mamá pata cuidaba con mucho amor de sus huevos y así pasó un día y otro y otro más y una semana y otra...

–¿Qué haces, Renata? – acertó a pasar en ese momento el engreído pavo real.

–Aquí estoy en mi nido, doy calorcito para que salgan mis... ¡Oh!

La pata Renata ni siquiera pudo terminar su frase. El primero de sus patitos ya asomaba su cabeza. Era una hermosa patita, tan suave, tan chiquita, tan nerviosa; saltaba y saltaba sin parar. ¡Cuánto se parecía a mamá!

Cuando Renata le estaba dando un beso de bienvenida... ¡Chas! Se abrió otro huevo, salió otra patita, tan bonita, blanca como la nieve.

Mamá pata Renata la estaba acariciando con su pico y... ¡salió otro patito!

El tercer patito era más chiquitito, de plumas blancas y marrones, pico amarillo, redondo y ancho, patas cortitas.

¡Qué contenta estaba mamá pata! Todos los animales del parque se acercaban a saludarla. ¡Ya sale otro!, decían. Y la pata Renata no paraba de besarlos –de picarles con su pico, que es como besan los patos y las patas–.

Salió la cuarta patita, también blanca y muy bajita. Dijo “cua–cua” nada más asomar la nariz (perdón, el pico) por el cascarón. Y mamá se emocionó.

– ¡Huy, qué lista mi patita! – y también le acarició sus plumas con el pico.

El quinto, el quinto ya rompía el cascarón. “Vamos, vamos” le animaban todos. Salió dando saltitos, se caía cada dos por cuatro.

– No me importa que sea patoso. Total, es un pato. Yo te enseñaré, vamos, vamos... – y le tendió su ala.

– ¡Qué hermosos patitos! – susurró el gorrión muy bajito.

– ¡Qué lindos, qué salaos, qué listos, qué espabilaos! – a coro exclamaban los animales del lugar.

Hasta el pavo, se tuvo que admirar.

El sexto, se hacía el remolón. Primero rompió el huevo. Después se acurrucó.

– Sal, patito mío, no temas, no tengas miedo, aquí estamos mamá y tus hermanos los polluelos.

Y el sexto patito se decidió a salir. Lo aplaudieron y abrazaron y su mamá Renata lo recibió con una sonrisa. ¡Queda sólo uno! ¡Qué emoción!

– Toc, toc, toc – toc, toc – se escuchó.

– ¿Qué es eso? ¿Alguien llama? Si no hay ni una puerta cerrada. ¿De dónde viene ese sonido? Silencio, escuchad.

– Toc, toc, toc – toc, toc – de nuevo se escuchó.

– ¡Ese ruido sale del huevo! ¡Yo lo oí primero!

– Dejadme, dejadme pasar – pidió mamá pata–.

Cuando se acercó, algo largo, afilado salía por un agujerito del cascarón.

– Toc, toc. Toc, toc.

Y el último patito salió. Era alto y delgaducho, su pico laaaargo, laaaargo, sus plumas negras y blancas y una cresta colorada en la cabeza.

Mamá pata Renata, cuando vio a su último polluelo se quedó boquiabierta y pensó y exclamó:

– ¡Soy la pata más afortunada del mundo! Tengo siete polluelos tan distintos:

Primera, nerviosa.

Segunda, blanca y bonita.

Tercero, chiquitito.

Cuarta, lista y habladora.

Quinto, algo patoso.

Sexto, miedoso.

Séptimo... Séptimo, especial.

–Oh, oh –gritó el pavo–. Ese pato, es muy raro. Séptimo, te digo. No es un pato, es horroroso, no me gusta, es distinto a todos vosotros... ¡que se vaya a otro parque! ¡Que se vaya al instante!

Mamá pata lo ignoró y así dio la primera lección a sus crías:

–A los necios, a los tontos, no los veo: los ignoro.

Las primeras semanas de los polluelos fueron fantásticas. Todos se ayudaban y se querían. Se cuidaban unos a otros.

Cuarta enseñó a todos a decir “cua”.

Quinto se caía y levantaba sin parar.

Sexto, el miedoso, daba gritos horrorosos.

Segunda hacía su antojo y Primera la perseguía nerviosa.

Séptimo picoteaba los árboles haciendo bonitos agujeros.

Tercero, tan chiquito, se perdía con facilidad.

Primero aprendieron a volar.

–Vuela raro tu pájaro Séptimo, y no diré más –volvió a opinar el pavo real.

–Es el que mejor, vuela dijeron los patitos y su mamá.

Y pronto Séptimo les mostró algunos trucos que podrían usar.

Después aprendieron a nadar, todos menos Séptimo que se negaba a saltar al agua.

–¡Ven es divertido! –decía Primera para animar.

–¡Salta al agua! –pedía mamá.

–Ni hablar –dijo Séptimo decidido–. Me da miedo, y algo me dice que me podría ahogar. Os esperaré en la orilla, mientras pico algunas ramitas.

–No le salpiquéis, le molesta –ayudó Cuarta, la habladora.

Fue entonces cuando pasó el pavo que, al ver la situación, soltó tal carcajada que a Séptimo asustó.

–Ya sabía yo que eras distinto; no eres de los nuestros, eres un bicho raro. Tienes las patas con cuatro dedos largos, y el lomo negro, y la cresta... Ja, ja, ja – ja, ja.

Séptimo se escondió en el agujero que había hecho en el árbol para que no le viesen llorar.

Renata, al no verlo en la orilla, se asustó e inmediatamente fue a buscarlo. Buscó en cada uno de los quince agujeros que Séptimo había hecho en los árboles del lugar.

Miró en el pino.

–Aquí no está –le dijo la ardilla–. Séptimo me ayudó con el agujero y ahora vivo en este lugar. ¡Yo te ayudaré a buscar!

Fueron al abeto. Allí estaba el gorrión buscando su comida. “No le vi pasar, pero os ayudaré. Sin perder tiempo lo vamos a buscar. Pediremos consejo al sabio búho. Él sabrá por dónde empezar”.

El búho despertó de mal humor. Acostumbraba a dormir de día, mas cuando se enteró de lo sucedido, abrió los ojos enseguida.

–Dejadme pensar... Todos los animales nos reuniremos, nos distribuiremos y por aquí y por allá lo buscaremos.

Se juntaron sin tardar más de treinta animales.

–Lo encontraremos, Renata. Cuida tranquila de tus crías –la lechuza le decía.

Todos se preguntaban qué había ocurrido, cómo podía haber desaparecido. ¿Perdido, accidentado, extraviado o escapado?

Al ver tal alboroto, el Pavo comenzó a sentirse algo raro, algo triste... responsable de lo ocurrido. Fue inmediatamente bajo el árbol en que dejó a Séptimo llorando en su agujero.

– Séptimo, sal de ahí, ya está bien... todos te están buscando... Una y otra vez lo llamó pero no obtuvo respuesta.

Encontró entonces a la Abubilla que, no enterada de la desaparición de Séptimo, se entretenía buscando lombrices.

–Ejem... Dime abubilla, tú te pareces a Séptimo, eres distinta a cuantos estamos por aquí... ¿Podrías asomarte a ese agujerito a ver si por casualidad está allí Séptimo escondido? Yo soy demasiado grande y no logro entrar.

–¿Se ha perdido? Me asomaré sin tardar.

Abubilla se asomó pero allí ya no había nadie.

Ni Búho, ni Ardilla, ni Gorrión, ni Abubilla, ni Pavo lograban encontrarlo.

Pasaban las horas y todos perdían la esperanza. Algunos volvían a sus casas y a sus actividades.

Fue entonces cuando doña Rana, al acercarse al estanque, observó cómo alguien había caído al agua y aleteaba sin parar. ¡Era Séptimo! “Croa, croa... ¡Insensato, qué haces!”, decía mientras saltaba de hoja en hoja hasta él. Lo agarró con su enorme lengua como pudo y saltó con mucho esfuerzo hasta la orilla. Séptimo apenas podía respirar, sus alas estaban empapadas, tampoco podía volar.

Croa, croa, croa. Gritó la rana llamando así a todos los animales. Y Renata llegó junto con Primera, Segunda, Tercero, Cuarta, Quinto y Sexto.

–¡Séptimo! –Lo rodearon y abrazaron sus hermanas y hermanos.

–Quería ser como los demás y decidí que debía aprender a nadar. Vine a este lugar apartado, subí a un árbol y volé en picado y ¡zas! me eché al agua sin pensar. Luego comenzaron a empaparse mis alas ¡no podía nadar!

–No necesitas nadar. ¡Sabes volar! –dijo Cuarta– ¡Y hacer lindos agujeros con tu tac–tac, tac–tac–tac!

Qué lista y que sensata es Cuarta para su edad, pensó mamá Renata sintiéndose orgullosa de su familia.

Así fue como volvieron a su casa,

Primera, saltando.

Segunda, bailando.

Tercero, a pasitos.

Cuarta, explicando.

Quinto, tropezando en el camino.

Sexto, asustado con cualquier ruido.

Y Séptimo, Séptimo volando y picando con su tac–tac, tac–tac–tac.

Y os preguntaréis qué fue de Pavo. ¿Al fin cambió, empezó a escuchar, a respetar a los demás, a dejar de molestar e insultar? ¡Ojalá! Pero eso pasa en los cuentos y esto es una historia real.

Suele estar en el parque, en primavera, con su cola abierta y su cabeza levantada como si fuese el amo del lugar.

Aún siendo así, si veis a Pavo, dadle una oportunidad.

Sabemos que es “un bicho raro”, pero puede cambiar.

Colorín, colorero; aquí termina el cuento del Pájaro Carpintero.

LA CASA DE CHOCOLATE

Autora: N. Bueno Basurto

Antes de comenzar a contaros esta historia, dejadme que os presente a sus protagonistas: Flop y Clas.

Flop era bajo y delgaducho. ¡Sólo tenía cuatro años! Le gustaba llevar el pelo algo largo y despeinado. Adoraba a los animales y sobre todo a los perros si eran más grandes que él y ¡no lo vais a creer: su comida favorita era las verduras! Le volvían loco las espinacas y las acelgas con patatas. Corría como el viento. Era el más rápido de la “Casa de Chocolate”. Aquel año ganó una medalla por llegar el primero. Él decía que era debido a las vitaminas que le daban las espinacas.

¡Le encantaba la Casa de Chocolate! Allí tenía muchos amigos. Lo único que echaba de menos es tener “un corazón de caramelo”.

Clas era su mejor amiga, mayor que él. Tenía 8 años y por eso se hacía la interesante. Clas a menudo lo sacaba de los líos en los que se metía. Alguna vez hasta tuvo que mentir por él, como aquel día que confesó que fue ella quién liberó a los hámsteres de su jaula y organizó aquel desastre en la cocina.

Los hámsteres terminaron con toda la despensa, incluida la tarta de turrón para el cumpleaños de Clas... pero es que Flop no soportaba verlos encerrados...

Clas llevaba el cabello negro hasta la altura de las orejas y solía sujetarlo con dos horquillas para que no le molestase en los ojos. Le encantaba leer. Aprendió tarde –eso dicen– porque ella empezó a ir al colegio cuando llegó a la Casa de Chocolate. Ahora devoraba todos los libros que encontraba y disfrutaba leyendo historias a Flop, que todavía no sabía.

Vivía en la Casa de Chocolate desde hacía casi un año, cuando su mamá tuvo que dejarla allí. Todavía recuerda cómo era su cara y el gran abrazo que le dio cuando se marchó... pero esa es otra historia.

Seguro que os estaréis preguntando por qué a su casa la llamaban

“La Casa de Chocolate”

Veréis...

La Casa de Chocolate estaba situada en las afueras de una gran ciudad. Allí vivían 30 niños y niñas como Clas y Flop.

Bru –como la decían todos, cariñosamente – era una mujer grande y fuerte, con voz dulce y suave y un gran bolsillo en su peto en el que siempre llevaba chocolatinas para “los nuevos”.

A la Casa de Chocolate llegaban niñas y niños de todas las ciudades y regiones. Algunos no podían vivir con su papá o su mamá por algún motivo, otros ni siquiera les habían conocido... cada uno tenía su propia historia, pero yo quiero contaros la historia de Clas y Flop.

Cuando le llevaron a Flop a la Casa de Chocolate era demasiado pequeño. No entendía nada y al ver a Bru tan grande, esperándolo, lloró durante treinta y siete minutos y medio sin parar. Sólo se consoló cuando Bru sacó de su bolsillo aquellas chocolatinas: chocolate de dos colores a elegir. Flop eligió los dos, se puso los dedos y la cara sucísimos, comenzó a comer y dejó de llorar.

Bru los quería muchísimo. Se preocupaba de que tuviesen todo lo que necesitaban, hacía que les preparasen riquísimas comidas, deliciosas fiestas de cumpleaños, divertidas vacaciones. En la Casa de Chocolate, siempre había alguien que les cuidaba si estaban enfermos o les ayudaba a hacer los deberes del colegio. Y, por supuesto, siempre había chocolate en la despensa para los nuevos y los antiguos.

A veces venía alguna familia y llevaban a alguno de los niños a un hogar, donde les cuidaban y querían hasta que encontrasen una mamá o un papá.

Entonces, Bru se sentía a la vez algo triste pues los echaba de menos, y algo alegre pues sabía que eso era estupendo para ellos.

¡Cuánto les gustaban a todos las chocolatinas de Bru!

¡La Casa de Chocolate era un lugar alegre y divertido! Sólo añoraban... “un corazón de caramelo”.

¿No sabéis lo que es un corazón de caramelo?

Es muy sencillo: Es un corazón fuerte, pero dulce; un corazón que se deshace con el beso de una niña o de un niño y que cuando lo abrazas salen estrellas y chispas de colores y te sientes muy muy feliz. Es un corazón como el de vuestra mamá o vuestro papá.

En la Casa de Chocolate, no tenían “corazón de caramelo”. Tenían a Bru con su “corazón de chocolate” que esperaba con ellos a que viniese un papá o una mamá a recogerlos.

Cuando encontraban un papá o una mamá, Bru, de nuevo, se sentía triste y contenta. Ayudaba a preparar todo: la bolsa con las ropas y algún juguete favorito, un sobre con algunas fotos y una carpeta con algunos papeles que daba a su nueva mamá o papá. ¡Ah, nunca olvidaban hacer entre todos un bonito dibujo de despedida!

Luego, se juntaban en el salón y les explicaba que habían encontrado “un corazón de caramelo” para su compañero.

¡Cuántas ganas tenían Clas y Flop de tener su propio corazón de caramelo! ¡Llevaban esperando tanto tiempo!

Un día vino una señora de ojos grandes y una sonrisa que lo ocupaba toda la cara. Hablaba suave, parecía que cantaba. Bru llamó a Flop y lo presentó. ¡Era tan linda! Le dio un beso que juraría que le supo... a caramelo.

Pasó algún tiempo. Bru le llevó unas fotos de “la señora”, que resultó tener nombre. Se llamaba Herminia.

¡Qué nombre tan feo! –pensó Flop. Pero no le importó porque recordó su beso... Bru le explicó que Herminia deseaba más que nada en el mundo tener “un corazón de caramelo”. ¡Qué casualidad! –pensó Flop. ¡Cómo me gustaría que fuese mi mamá! También pensó que las mamás a veces riñen y te mandan recoger tu ropa y no te dejan comer chuches sin parar. ¡Daba igual! Él quería “su corazón de caramelo”.

En un mes, Herminia vendría a recoger a Flop. ¡Qué bien se sentía!

Tenía como “hormiguitas” en las manos y su corazón palpita-ba deprisa, estaba tan nervioso que corría por el patio sin parar de acá para allá. Bru hacía todos los preparativos para el día en que Flop debía marcharse.

¿Y Clas? Clas no estaba alegre. La verdad, nunca recordaba haber estado tan triste. Sí, sí... se alegraba por Flop, pero tenía tantos celos... Además sabía que cuando Flop se marchase se quedaría un poco más sola.

Bru se encargó de darle a Clas muchos mimos y algunas chocolatinas de más, pero Clas guardaba las chocolatinas en un cajón. Ella también quería su “corazón de caramelo”.

Durante ese mes, Herminia aparecía con frecuencia a visitar a Flop que se sentía el niño más afortunado del mundo. La noche anterior a su partida, Flop se hizo pis en la cama y se echó a llorar, pensando que si su nueva mamá se enteraba de lo del pis o de lo que hizo con los hámsteres, no querría llevarlo con ella. Todavía no sabía que las mamás te siguen queriendo aunque no seas perfecto. Para ellas siempre serás “el mejor”.

Lloró y lloró y al día siguiente no quiso hablar con nadie, ni siquiera con Clas, ni con Bru, ni con Herminia.

Herminia le vio los ojos rojos de llorar y lo abrazó. Él se dejó y la abrazó también.

Cuando iban a marcharse Flop se paró en seco:

–Eh, nos dejamos algo muy importante.

Fue a buscar a Clas y, dándole la mano, dijo “Ya podemos irnos”.

Ahora fueron Herminia y Bru quienes tenían lágrimas en los ojos.

–Se debe quedar –dijeron. Flop no lo entendía.

Entonces Bru fue a por una foto y les dijo:

–Clas no puede marcharse contigo. Mira –y mostró a Clas una fotografía de un señor con una gran barba y grandes y gruesas gafas–. Es tu “corazón de caramelo”. La próxima semana vendrá a conocerte.

–Le gustará leer historias... –dijo Clas tímidamente– ¿Aunque sean de miedo?

–Seguro, Clas. ¡Mateo escribe historias! Quizás tengáis muchas cosas en común...

Flop y Clas se abrazaron y prometieron escribirse. ¡Claro que Flop primero tenía que aprender, pero sabía hacer bonitos dibujos!

Flop pensó que era el momento de decir la verdad, agachó la cabeza y confesó: “Fui yo quien dejó escapar a los hámsteres”.

A nadie pareció importarle. Todos rieron a carcajadas y él se puso colorado.

Salieron al patio, subieron al coche y, ¡qué sorpresa!, Herminia tenía un bonito perro, tan pequeño como un ratón. Flop pensó que ya crecería y decidió llamarle Caramelo.

Bru, Clas y los niños se despedían con la mano y Flop y Caramelo no dejaron de ladrar por la ventanilla del coche hasta que cruzaron la verja.

¡Mmmm! ¡Qué delicioso es tener un corazón de caramelo!

QUERIDO DIARIO

Autora: N. Bueno Basurto

Querido diario:

Nunca antes había tenido un diario personal e íntimo. Un diario es un cuaderno verde con 50 hojas con dibujos de saltamontes para escribir todos los días, aunque la abuela me ha explicado que otros niños tienen diarios distintos al mío. ¡Seguro que no son tan bonitos!

Me lo ha regalado mami que dice que así matamos dos pájaros de un tiro.

¡Vaya SUSTO me dio! Nada más oírla, escondí a Pupi en mi cuarto y puse un cartel con: “no pasar”. Pupi es mi pájaro favorito, aunque también es el único, por eso no entendía por qué mami quería matarlo de un tiro o algo así.

Cuando le pregunté qué le había hecho Pupi y cuál era el motivo por el que quería deshacerse de él, casi se muere de RISA.

Yo me puse muy FURIOSA y arrojé al suelo su taza favorita, pataleé con todas mis fuerzas y grité tan alto como pude, para que se enterase de que no me gusta que se ría de mí.

Creo que mami se DISGUSTÓ, pero como me quiere tanto y es tan buena, ella no me gritó. Se fue a la terraza a regar las plantas y me dejó sola un ratito. Cuando se me pasó, vino con Pupi y me dijo:

– Tenemos que explicarte algo: “Matar dos pájaros de un tiro” quiere decir hacer dos cosas a la vez. ¿Crees que mami haría daño a Pupi?

Mami me contó que el diario era para escribir o dibujar cómo me SENTÍA y que eso me ayudaría a ser menos GRUÑONA, y además escribiría.

No volví a gritar porque lo entendí y si gritaba tendría que dibujar una cara así:



Y yo no quiero que me llamen gruñona.

No sé cómo se le ha ocurrido que así quizás me entrarían ganas de escribir un poco todos los días. La verdad es que ODIÓ escribir. Lo sé. Cuando me manda escribir Paco –que es mi maestro– me entran unas ganas enormes de romper el cuaderno y decirle que si tan importante es ¡que lo haga él!

Una vez lo hice –romper el cuaderno–. ¡Buff! ¡Qué desastre! Ahora ya no lo hago; me quedé sin patio y tuve que volver a escribir dos hojas de nuevo. ¡Eso sí que me MOLESTÓ! ¡Hasta dije “mierda”! y Paco me miró con las cejas y la boca hacia abajo, que es como se pone cuando algo no le gusta.

¿Sabes? Hago el esfuerzo de escribir todos los días o hacer un dibujo. Sé que eso le pone muy contenta a mami y ADORO ver su cara contenta cuando abro el cuaderno de saltamontes.

He decidido que de mayor quiero ser jefa. Jefa es una señora con un despacho muy grande en el que todo el mundo tiene que llamar a la puerta si quiere entrar y nadie, nadie, te puede mandar.

Tampoco me GUSTA que me manden, por eso cuando me dicen algo que no me apetece hacer, disimulo como si no hubiese oído y miro para otro lado. Al final tengo que obedecer –abuela dice que mami es más cabezota que yo ¡qué ya es decir!–, pero mientras puedo tardar un rato.

No sé todavía si las jefas pueden ENFADARSE o no sin que nadie las castigue. Eso tengo que averiguarlo.

Lena es mi tía preferida. Tiene un gato suave y grande que hace “rrrrrrr” y me deja acariciarlo y jugar con él. A veces jugamos a que somos gatos los dos y yo me lo paso muy bien y Lena dice que no le importa que juegue a ser gato pero que no me puedo comer la comida de Ris, que son unas bolitas parecidas a mis cereales del desayuno. No entiendo por qué le molesta tanto. Creo que hay muchas cosas que NO ENTIENDO y por eso pregunto siempre a los mayores.

Los mayores no contestan siempre a lo que les preguntas.

Me he dado cuenta que a veces “se hacen los locos” –como yo cuando no quiero obedecer– o cambian de tema.

Eso me pasó cuando pregunté a mamá dónde estaba el abuelo Tomás y me dijo que se había ido al cielo. ¿Al cielo? Si se hubiese ido de viaje me lo hubiese dicho, porque abuelo Tomás decía que yo era su enana predilecta y eso es que me quería con todo su corazón.

Luego me enteré que se había muerto y no volvería más y eso me puso muy TRISTE. Lloré tanto que me dolían los ojos. ¡Menos mal que abuela me dijo que se había convertido en estrella y que podía hablar con él por la noche!

Abuela siempre dice la verdad.

Otros mayores MIENTEN y eso me hace un lío. Tío Lucas me dijo en verano que si no comía verdura, las verduras se enfadarían conmigo y de mayor tendría la cara verde. Yo le creí pero estuve toda la semana mirando a las personas que pasaban por la calle y no vi a nadie con la cara verde, ni siquiera a mi amiga Xen Li que sé que tampoco le gustan.

Tía Lena ha tenido una idea genial para conseguir que sea menos gruñona. Dice que puedo hacer una lista con mis sentimientos.

Una lista es una fila de palabras, como la de la compra:

- Cereales.
- Leche.
- Jabón de manos.
- Sal.
- Pan.

Lo que ocurre es que las listas de sentimientos son mucho más difíciles ya que tienes que explicar las cosas.

A mami le ha parecido estupendo, así que me está ayudando a hacerlo.

Mira cómo se hace:

Me siento alegre cuando:

- Mami me lleva a la casa de Lena a jugar con Ris.
- Xen Li me invita a su cumpleaños.
- Abuela ha preparado compota de manzanas.
- Paco me dice “has trabajado muy bien, eres una campeona”.
- Mami me cuenta un cuento hasta que me duermo.
- Mami me deja ponerme su ropa.

Me siento furiosa cuando:

- No puedo ver los dibujos animados de la tele porque mamá me manda a dormir.
- Un grandote me quita el balón en el parque.
- Mamá no me deja montar más de dos viajes en los coches de la feria.
- Me llaman cara de chocolate.
- Mami me manda cosas que no me gusta hacer.

Me siento triste cuando:

- Ris no me hace caso.
- Xen Li y Lucas prefieren jugar con otros niños.
- Me ha salido el dibujo muy mal.
- Me miran por la calle taaaanto porque soy distinta a los demás.
- Me duele la barriga porque comí muchas palomitas.

Me siento aburrida cuando:

- Mamá tiene demasiado trabajo y no tiene ganas de jugar a jardineras conmigo.
- Paco nos manda escribir los números hasta el 20.
- Llueve y no puedo salir a la calle con mi bicicleta y me quedo mirando las gotas tontas desde la ventana.

Lena tenía razón. El juego de apuntar los sentimientos es un juego especial.

¿Sabes? Estoy ahorrando para comprar a mami un cuaderno verde de saltamontes. Así cuando no sepa por qué está triste o cansada o enfadada o pensativa, podré leer su cuaderno y le daré un gran beso para que se sienta así:



¡Esta es mi cara favorita!